





# PENALTY AL VATICANO



José María Gil Cruces

# PENALTY AL VATICANO



Primera edición: junio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José María Gil Cruces

ISBN: 978-84-19748-94-2

ISBN digital: 978-84-19748-95-9

Depósito legal: M-19831-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





Todo lo que aprendí sobre la moral  
y la responsabilidad del hombre lo aprendí del fútbol

ALBERT CAMUS, Premio Nobel de Literatura, 1957



## PRÓLOGO de *PENALTY AL VATICANO*

Por Luis Miguel Columna Herrera

*Penalty al Vaticano* nos remonta a principios del presente siglo. Hábilmente relatado, entrelaza la gran pasión por el fútbol que venimos arrastrando desde el siglo XX, con el cáncer que padecemos desde hace años, el terrorismo islámico.

Gran idea, y magníficamente desarrollada por José María Gil Cruces, es hacer un gran aficionado al fútbol al terrorista más sangriento de la Historia; el Autor demuestra una enorme y veterana maestría, al describir la realidad social que se vive en las grandes urbes europeas en los comienzos de este siglo XXI, con referencias sencillas, pero profundas, sobre las desigualdades con las que se convive.

Pero con unos conocimientos futbolísticos infinitos, nuestro autor sabe describirnos las virtudes del deporte rey, el fútbol, opinando sabiamente sobre el mejor futbolista de la historia, *O Rey Pelé*. Igualmente admirables, son los conocimientos de Geografía e Historia que José María nos traslada con todo lujo de detalles y anécdotas, que hacen que el lector viva épocas pasadas, y a veces, hasta ser protagonistas de las mismas.

Es brillante la forma en que José María Gil enlaza historias.

Puede empezar hablando del elástico que llevan los calzoncillos y que se hace en Alepo (Siria), relacionándolo con la periodista húngara que “zancadilleó” a un padre con su hijo, para terminar, ¡cómo no! con los dos futbolistas más grandes que nos dio el fútbol.

bol magiar, los muy admirados Ladislao Kubala y Ferenc Puskas; es decir, la rivalidad deportiva que paraliza al planeta: Madrid-Barcelona. Muy interesante son, y no podía de ser de otra forma, las referencias a nuestro Papa, Jorge Mario Bergoglio, gran amante del fútbol.

Con toda crudeza, pero de forma clara y sin tapujos, se relata cómo en el mundo islámico se utilizan las mujeres, en la actualidad, en funciones terroristas.

En fin, disfruten de este espectacular relato, en el que la diana es Francisco, el Santo Padre.

LUIS MIGUEL COLUMNA HERRERA

## PRÓLOGO

9 de abril de 2001. Estadio Anfield. Liverpool

Aquella noche de primavera prometía un partido de fútbol de los que hacen afición, con ese regusto dulzón que se transmite de padres a hijos, y hasta de abuelos a nietos. En el momento en que el árbitro suizo Urs Meier señaló la pena máxima, el partido estaba abocado al empate sin goles antes del descanso. Pero el devenir del fútbol es totalmente imprevisible. Corría el minuto 43 cuando Steven Gerrard centró al área del Barça y Phillip Cocu metió la pierna sin miedo, con la intención de abortar el peligro, lo que provocó el saque de esquina que concedió el colegiado helvético, quien a la postre entraría a formar parte del *top ten* de los mejores árbitros de todos los tiempos; se trataba del mismo colegiado que, al año siguiente, arbitraría la final de la Champions entre el Real Madrid y el Bayern Leverkusen, con aquella magistral volea de Zinedine Zidane sobrevolando el cielo de Glasgow como testigo de cargo.

El Liverpool realizaría el saque de esquina a la izquierda de la portería del Barcelona, defendida por un jovencísimo Pepe Reina, un arquero tan novato que lucía el dorsal número treinta y cinco a la espalda. Subieron las torres rojas del Liverpool al remate del córner, pero ante el asombro de propios y de extraños, el centro de Gary McAllister fue «defendido» por alguna extraña razón por Patrick Kluyvert, paradojas del fútbol, con la mano; se trataba del *nueve* de los rivales, en esta ocasión luciendo una camiseta tan gris

como las grisáceas nubes que visitan Anfield día sí y noche también.

De manera inconcebible, el buen delantero reconvertido en pésimo defensa sacó los brazos a pasear por la noche inglesa y estiró con todo lo que daba su cuerpo la mano derecha para despejar el balón al más puro estilo José Ángel Iríbar. Es cierto que cualquier córner conlleva ciertas dosis de peligro, Patrick, pero no parecía esta una ocasión propicia para que llegase el gol de los ingleses antes de tu intervención, tan extraña como grosera e innecesaria.

El propio centrocampista escocés McCallister, uno de los primeros jugadores rapados, se encargaría de engañar al cancerbero cordobés, que se tiró a su derecha cuando la pelota entraba por la escuadra izquierda, para alegría, entre otros protagonistas *reds* del evento, de Michael Owen (quien pocos meses después ganaría el Balón de Oro con solo 21 añitos), y con el típico estupor de las cosas mal hechas, para el resto de los mortales que presenciaban el encuentro de la escuadra holandesa del Barcelona.

Es necesario destacar que, además del propio Kluivert, una miríada de actores neerlandeses *anaranjaban* al club azulgrana con nombres tales como Michael Reiziger, Frank de Boer, Phillip Cocu, Marc Overmars, y todos ellos bajo la atenta mirada, de reojo eso sí, de Louis van Gaal, siempre tan positivo, quien antes y después de este partido había sido, y sería de nuevo, el entrenador del Barcelona, aportando esa especie de ADN holandés (neerlandés, hay que decir ahora) o, si lo prefieren, impregnando al club de La Masía del llamado «espíritu de Cruyff», tan valorado por y en Can Barça, además del Ajax de Ámsterdam, de la propia selección nacional naranja y de todos los amantes de la elegancia futbolística, porque podemos no estar de acuerdo sobre quién ha sido el mejor futbolista de la historia, pero hay un gran consenso mundial sobre quién ha encarnado la elegancia conduciendo un balón.

Durante varios años y, por supuesto, en aquel partido de máxima rivalidad europea, hasta los suplentes sonaban ante los oídos hispanos como un eco del país de los tulipanes; así, el hermano

gemelo de Frank, Ronald de Boer, Marc Overmars o Boudewijn Zenden completaban a través del banquillo blaugrana una nómina demasiado holandesa para los intereses de cualquier club que no perteneciera a unos Países tan Bajos; eso sí, el Fútbol Club Barcelona contaba con la inestimable aportación de Luis Enrique, Carles Puyol, Emmanuel Petit, Pep Guardiola y el diablillo brasileño, la maravilla de las maravillas, Vítor Ferreira Gomes, conocido en el mundillo futbolístico como Rivaldo, además del propio portero, el todavía incombustible Pepe Reina.

A todos estos protagonistas de un partido de fútbol cualquiera, de un año cualquiera, en un campo, el de Anfield Stadium, que no era cualquier cosa, no se los quiso perder desde la distancia que marcan seis o siete mil kilómetros, o desde la cercanía que garantiza una emisión televisiva, un hombre moreno, alto como un chopo y seco como la mojama, de 43 años, un saudí de origen yemení cuyo *holding* familiar ingresaba la friolera de cinco mil millones de dólares anuales a través de un conglomerado financiero conocido como Grupo Saudi Binladin. No sería financiación lo que faltaría en el futuro al cabecilla de esta trama del mundo de los negocios cuando sus empresas se encargaban de la construcción y el mantenimiento de todas las mezquitas de culto suní, mayoritario en el mundo del islam, desde la ciudad de La Meca hasta el rincón más remoto de los cuatro puntos cardinales, desde el archipiélago de Indonesia, en plena zona ecuatorial, hasta las desérticas dunas del Sahel, desde Azerbaiyán a Madagascar.

El hombre de la cara triste contempló el partido entre Liverpool y Barcelona de principio a fin. El resultado para él era lo de menos. Era un gran amante del fútbol. Del bueno. Claro que, como la mayoría de los aficionados neutrales, también tenía sus preferencias, pero ese dato no era relevante. Él apreciaba la calidad, las cosas bien hechas. La contienda acabó 1-0 para los locales como también pudo terminar 3-1, 4-0, y hasta el luminoso de Anfield pudiera haber reflejado un 2-3 si se tienen en cuenta las ocasiones claras de gol. Qué más daba.

El hombre del rostro alargado se había entretenido. Le gustaba ver rodar el balón por un césped inglés tan inmaculadamente verde (si es que tal prodigio era posible), con jugadores que usaban la cabeza no solo para rematar. Admiraba a ese tipo de profesional que anteponía la inteligencia a la fuerza bruta pese a que esta también fuera necesaria en demasiadas ocasiones.

En este tipo de aficiones, al menos, el hombre difería de otros creyentes que querían prohibir el fútbol. En algún que otro lugar del centro de Asia, algunos grupos talibanes ya habían proscrito el balompié, pero el hombre de la triste figura, a diferencia de aquel hidalgo manchego, no deseaba enfrentarse a molinos imaginarios.

En cambio, a ese mismo hombre surgido del calor de los desiertos de la península arábiga no le importaba competir con gigantes de carne y hueso, como esos gladiadores que había visto perseguir un balón durante noventa minutos sobre el verde césped del Anfield Stadium tan solo con una misión meridianamente clara: introducir la pelota en una portería, muy grande para los porteros, excesivamente pequeña para el resto, y cuantas más veces entrara el dichoso balón, mejor; en todo, caso, si se quería vencer, había que golpear una vez más que el rival, usando la cabeza antes que los pies.

## Capítulo 1.

### Molenbeek, Bruselas. Año 2018

Para una persona de su tamaño, un hombre cercano a los dos metros de estatura, el punto de vista que Ibrahim alcanzaba a ver, resultaba más bien un poco bajo. Hacía algún tiempo que había comprobado por sí mismo el fracaso que lo acompañaba en todos sus quehaceres diarios. Ayer no tenía futuro, hoy apenas si podía permitirse el lujo de comer de una manera decente y mañana..., bueno, mañana quedaba aún muy lejos.

Solo Dios, alabado sea su nombre, sabía si habría un mañana en el sentido literal de la palabra. Ibrahim conocía de primera mano que los servicios de seguridad del reino de los belgas lo tenían fichado desde hacía un par de años.

A día de hoy seguía en el radar de la pasma: un *moranco* de su tamaño no pasaba desapercibido en ninguna calleja del barrio; sus pequeñas rapiñas, las habilidades del grupo de tironeros del que formaba parte, sus malas amistades suponían un caldo de cultivo apropiado para la vigilancia que ofrecían los uniformados que patrullaban el barrio bruselense de Molenbeek y sus alrededores, no siempre con la debida eficacia, según la prensa más reaccionaria de un país como Bélgica, dividido en tres partes bien diferenciadas: por un lado, los flamencos, la mayoría; luego, los valones, con más de la mitad del territorio no llegan a un tercio de la población total del reino de los belgas, y por supuesto, en último lugar, los inmigrantes, de primera, segunda o tercera generación, diseminados en

ambas comunidades y sin más identidad propia que la de sentirse extranjero en tu propio país.

No es un hecho exclusivo para Bélgica, pero no consuela absolutamente a nadie con una pizca de dignidad.

Este último detalle era lo de menos, ya que para los blanquitos originarios del reino belga, la cara, negra, mulata, negrita o negroi-de, era fiel reflejo de esa civilización tan poco civilizada que se creía superior.

Los servicios policiales del Servicio de Inteligencia de la Sûreté belga también había tenido conocimiento de las peripecias de Ibrahim en más de una ocasión, pero Ibrahim no estaba satisfecho con un bagaje tan corto y extremadamente pobre de contenido.

Sus cartas de presentación, con algunos chivatazos a ambos lados de la cadena informativa, resultaron ser pequeñas actuaciones que no habían soliviantado a los belgo-belgas, esos genuinos rubios de ojos azules que se creían dueños del mundo simplemente porque su piel resultaba ante la mayoría de los ojos más blanca que la leche; ni siquiera en su propio barrio, en el tristemente conocido distrito de Molenbeek, Ibrahim era conocido más allá del kebab de Yusuf, el armenio casi centenario de la *rue* Ransfort, o del cuscús de la *chaussée* du Gant. Se diría que era un hombre invisible, nada más lejos del personaje que Ibrahim pretendía llegar a ser algún día, preferentemente más pronto que tarde.

Para tranquilidad de chavales como Ibrahim, la policía belga no pasaba por ser el cuerpo de seguridad más eficiente del mundo. ¿Qué podía esperarse de unos agentes de policía que disponían de un solo efectivo por cada ochocientos habitantes cuando en España, el país más seguro de Europa, se contaba con una ratio de un agente por cada trescientos personas a las que defender de los delincuentes?

Por si este detalle no fuera suficiente, los uniformados belgas no podían detener a nadie a partir de la caída del sol, en una especie de ramadán policial sin precedentes, un seguro antipasma que favorecía los pequeños delitos, los grandes latrocinios y, por

supuesto, las actividades terroristas. No había un lugar tan seguro como Bélgica para los amigos de lo ajeno en el sentido más amplio de la expresión, para los que quisieran ocultarse de algo a la vista de todos, para los amantes de cualquier tipo de fechorías.

En cualquier caso, la fama delictiva del joven Ibrahim no rebasaba los límites de Molenbeek, tristemente conocida y reconocida en toda Europa Occidental por la peligrosidad de sus residentes; el llamado por algunos ilusos civilizado y viejo continente presumía de la garantía del estado de bienestar para todos sus ciudadanos y, extrañamente, pensaba Ibrahim, para los que quisieran alcanzar al paraíso de los vivos desde cualquier lugar del Tercer o Cuarto Mundo, o hasta ¿por qué no?, llegar al Quinto Infierno.

Uno de los diecinueve municipios de la comuna de Bruselas, Molenbeek-Saint Jean, suponía un caldo de cultivo favorable a los intereses de cualquier buen musulmán. Pero Ibrahim no era el prototipo de buen musulmán. Estaba claro, incluso para él mismo, que formaba parte del grupo de los musulmanes buenos, pero de ahí a ser un buen musulmán existía un abismo. De hecho, el joven bebía; casi nunca agua; demasiado llovía en esa tierra suya, repleta de ríos caudalosos; Ibrahim prefería el alcohol. Quizás bebiera demasiado, pero ¿quién no tomaba alguna que otra *bière* en un país tan cervecero como Bélgica?

¿Acaso en el resto de Europa estaban proscritos los diferentes tipos de zumo de cebada que saciaban la sed de los más adictos a la cerveza en cualquiera de sus variantes?

Nadie sabía muy bien cuántos modelos de cerveza autóctona estaban a disposición del consumidor en el pequeño estado que lo vio nacer hacía ya veinte años; algunos de sus amigos hablaban de más de mil etiquetados diferentes, aparte de las birras que se destilaban en monasterios, conventos y abadías de manera casi artesanal; existía una gran cantidad de *rubias* con nombres de santos, generalmente prohibidas para los malos musulmanes, como Ibrahim, que aun siendo unos descarriados, no lo eran tanto como para sufragar con sus vicios los gastos de los frailes de turno; además,

siempre podía acudir a las cervezas holandesas, las checas, las danesas, las alemanas... El catálogo parecía infinito.

Incluso los mexicanos, a través de una pequeña corona acompañada de una rodajita de limón adosada en el borde de la botella, se habían subido al carro de las birras y se habían introducido en el difícil mercado belga de la cerveza, entre otros, posiblemente, el más competitivo del mundo.

Los hermanos musulmanes (no confundir con los Hermanos Musulmanes con mayúscula) tampoco hacían ascos a la cerveza. Los más osados se atrevían con la ginebra, preferentemente inglesa, con el ron caribeño o con el *whisky*, escocés o irlandés era lo de menos. Esa era una de las bazas con que contaba un muchacho como Ibrahim.

Los primeros egipcios bebían el *hek* desde antes de que las pirámides asombraran al mundo antiguo, al moderno y al contemporáneo; posiblemente el *hek* consumido en las etapas dinásticas se tratara de la primera cerveza del mundo. Una cultura milenaria como la faraónica no podía estar equivocada. Y los turcos contaban las fábricas de Efes Pilsen por decenas a lo largo de su extenso territorio, además de Rusia y de los países del este de Europa, empezando por la República Checa, donde había más plantas embotelladoras de cerveza... que de agua. De manera que, si había que rezar alguna oración cada vez que un buen hombre tomaba una cerveza, se rezaba y punto.

Faltaría más.

«Absténganse los abstemios», parecía indicar la propaganda estatal, que sumaba a las arcas del Tesoro unos grandes beneficios en forma de tasas, impuestos, tributos y diferentes tipos de contribuciones provenientes de los bolsillos de los bebedores de cerveza. Por algo Bélgica formaba parte del selecto club del *top five* de los países que beben más de cien litros del llamado oro rubio por persona y año, unas cuatrocientas latas de cerveza en trescientos sesenta y cinco días. Ahí queda el dato.

«Beba con moderación y responsabilidad», aparecía escrito en multitud de idiomas en todo tipo de cartelería publicitaria. «Pero no deje de beber», traducía el joven a su juvenil idioma. O dicho de otro modo: la hipocresía, el fingimiento de sentimientos contrarios a los que se manifiestan en público, siempre permanecerá junto al poder.

Ibrahim también fumaba, aunque, en honor a la verdad, no siempre se trataba de tabaco lo que exhalaban sus pulmones; su dieta semanal incluía algún producto terapéutico que lo ayudaba a soportar las largas tardes y noches de invierno sin nada que hacer, sin mucho que pensar, sin demasiadas alternativas de ocio; el joven había escuchado débilmente por algún sitio, pero había escuchado sin género de dudas, que existían personas de carne y hueso que llevaban aparejadas el concepto de inquietud cultural, expresión que Ibrahim apenas llegaba a comprender.

¿Cómo se puede inquietar una persona que tiene alguna dosis de razón por unas pequeñas raciones de lo que llaman los medios de comunicación eufemísticamente como «cultura»?

El Profeta, alabado sea su nombre, no pudo tener opinión alguna sobre el tabaco, por razones obvias, pero en el entorno de los jóvenes islamobelgas como Ibrahim, no estaba bien visto el consumo de productos norteamericanos, el Imperio del Mal convertido en una cajetilla de veinte unidades —todos los días— a razón de medio euro (o algo más) cada vez que se encendía el pitillo; diez o doce euros diarios, siempre que se recortaran sus ansias de humo, cien euros por semana porque sábados y domingos la dosis del rubio americano subía en relación directa a las horas de ocio, que en el caso de Ibrahim eran todas las que no dedicaba al beneplácito trabajo de soñador; unos cuatrocientos euros mensuales, y subiendo, siempre subiendo, que engordaban la caja de las compañías tabaqueras, casi siempre *made in USA* y todo el engranaje económico que el consumo y el *marketing* del tabaco llevaba consigo desde el punto de vista social, de eventos deportivos o simplemente publicitarios.

Hacía pocas fechas, el nuevo califa del Estado Islámico (en honor a la verdad, Ibrahim no recordaba su nombre o puede que no lo hubiera archivado en el disco duro que llevaba sobre los hombros) había proclamado una fatwa, o decreto religioso, prohibiendo el maldito tabaco, pero Siria. Irak o el territorio del Kurdistán (dondequiera que se encontrara) no eran Europa, y la antigua ciudadela de Raqqa, la extraoficial capital del ISIS, tampoco era Bruselas, por muy oficiosa capital del delito europeo que fuese considerada la ciudad belga, un inmenso paraíso de traficantes de armas, trata de blancas (y de amarillas, negras o mestizas), narco-trafficantes, políticos corruptos y delincuentes de diversa estirpe y condición, sin excluir a los ladrones de guante blanco, ejecutivos de traje y corbata venidos muy a menos, directivos de petroleras o cementeras que querían cerrar unos balances fraudulentos, sin olvidar a los huidos de sus justicias respectivas por otras motivaciones todavía más inconfesables.

Quizás por ese motivo Ibrahim no solo fumaba tabaco. La teoría sobre los canutos la conocía cualquier chaval que hubiera cumplido los siete años, cinco si hablamos de Molenbeek, pero el balanceo que acaricia los sentidos, la paz, el sosiego y el silencio de tu alma tras la inhalación del hachís era como soñar despierto. No tenía precio.

De hecho, sí que lo tenía: cada vez más caro y subiendo.

De todos es bien sabido que nunca se han hecho tan buenas fortunas como en las guerras totales, en los conflictos bélicos locales o en simples batallitas entre bandas rivales. La batalla de los porros no iba a ser una excepción y además no se necesitaban porras, ni pistolas ni regimientos de soldados.

Bruselas se había convertido en un mosaico de delincuentes profesionales formando una pequeña aglomeración con poco más de ciento setenta mil habitantes (una capital, la de Europa, de manera casi increíble, con menos población que la sexta ciudad de al-Ándalus, la Almería fundada por Abd-al-Rahman III), aunque el extrarradio bruselense superase el millón de almas, o lo que es

lo mismo: de manera aproximada cinco de cada seis bruseleses posiblemente nunca hubieran visitado la Grand Place de la capital de Europa más de un par de veces en toda su vida. Cualquiera que fuese la manera de medir el gasto del tabaco, en todos los casos, sublevaba el joven espíritu de Ibrahim hasta límites insospechados; pero los vicios, al menos los vicios menores, desde siempre, hay que pagarlos por adelantado.

Hasta la tan manida hipocresía occidental había sido adoptada por los musulmanes en el país de los belgas para desesperación de los buenos hermanos, los más ortodoxos, quienes disculpaban antes, en *petit comité*, por supuesto, una buena hierba colombiana, marroquí o afgana, que el legalizado hierbajo que los yanquis habían comercializado por cada rincón del mundo tres siglos después de que los españoles, y unos pocos años después los ingleses, presentaran en la Vieja Europa los malos humos que llegaban procedentes del Nuevo Mundo.

Por ese mismo detalle (a estas alturas, Ibrahim había buscado el dato en su ordenador), el mismísimo califa Abu Bark Al Baghdadi en persona había renegado de las plantas del tabaco prohibiendo su uso y comercio, y sin embargo, negociaba con el opio o el hachís por todo el Próximo Oriente, invadiendo a Europa de diferentes tipos de hierbas como si se tratara de trigo o cebada.

Considerada por los chinos como un tipo de veneno negro, y aceptada como medicina de Dios por los ingleses, el opio extraído de las plantas adormideras era una simple cuestión de prioridades en el difícil mundo de la financiación para aquellos territorios — especialmente— de los que en la civilizada tierra conocida con simpleza como Occidente eran denominados sin mucho cariño como los países tercermundistas o, en el mejor de los casos, «en vías de desarrollo».

Por si estas razones no fueran suficiente motivo de escarnio, el muchacho apenas pisaba la mezquita; ni siquiera los viernes asistía Ibrahim al rezo sagrado, y eso que disponía de veintidós templos musulmanes sin salir de su barrio para poco más de noventa mil

personas. En cualquiera de las mezquitas, en primer lugar, se situaban los hombres; un poco después aparecían los muchachos, aquellos jovencuelos que deseaban dar el salto a la zona principal del templo, y finalmente, tras unos tableros calados con más o menos acierto, a manera de celosía, se ubicaba el territorio destinado a las mujeres.

¿Dónde se colocaba Ibrahim? Preferentemente, en el córner del bar de cualquier esquina de la calle.

Sí; el joven era un asiduo de los bares del barrio. ¿Qué malo hacía? Ni siquiera existía en la frente de Ibrahim la sagrada marca, la *ḡabiba*, consecuencia de arrodillarse una y otra vez en su *sedjadedh* —la alfombra que todo buen musulmán posee y que guarda como oro en paño igual que el Libro Sagrado, el Corán—; los más pobres entre los pobres realizaban sus oraciones en el mismísimo suelo, sin más protección que la propia cabeza del creyente, lo que supone un motivo de orgullo para todos los hombres buenos, los más temerosos de Dios que lucían la *ḡabiba* con orgullo, esa marca que señalaba la frente del hombre piadoso tras la erosión producida por el frío suelo, la lluvia o el calor tras las cinco veces que todos los días había que postrarse hacia levante, en dirección a la ciudad santa de La Meca.

La mayoría de los convecinos de Ibrahim por supuesto que eran musulmanes, hasta ahí podíamos llegar, pero no todos eran creyentes de la Única Fe Verdadera.

Por si esta circunstancia no fuese suficiente, el «apellido» del barrio de Molenbeek era el de «Saint Jean», y la iglesia dedicada a dicho santo presidía la zona noble del distrito doce de la capital del Reino de Bélgica, de la OTAN, de la Unión Europea y de algunas otras cuantas instituciones comunitarias más, unas sedes que a todos los occidentales sin excepción les llenaba de orgullo como si de una gran fiesta se tratase.

Justamente detrás de la iglesia de San Juan, comenzaba para Ibrahim el otro mundo, aquello que sus padres, la segunda generación de emigrantes llegados desde el continente africano, llama-

ron con cierto eufemismo «la ciudad» para diferenciarla del gueto, el conjunto de barriadas donde los belguitas más blancos habían hacinado a los trabajadores que llegaban en masa a Europa desde los años cincuenta del siglo pasado en busca de mejores formas de vida. O simplemente, de sobrevivir.

De aquellos suburbios apenas quedaban hoy los restos de esos bazares que en otros tiempos abrían los domingos hasta altas horas de la madrugada; ya no se veía a las mujeres lavando a los críos a las puertas de las casas; tampoco aparecía en los años actuales ante la vista de un espectador despistado la imagen de algunas abuelas despiojando cabezas menudas como hasta hace bien poco tiempo. ¿O se seguía haciendo la busca y captura de los bichitos fuera de la vista de las calles principales?

Quizás fuera eso, pues chinches, pulgas y piojos no eran personajes extraños en el barrio. Ibrahim y sus amigos, el grupo formado por los nuevos y orgullosos hombres del barrio, no andaban ya cabizbajos a la búsqueda de no se sabe qué, como habían hecho sus padres, unos auténticos desertores de la vida que habían encontrado en Molenbeek un refugio para hombres calzados con sandalias a la búsqueda de establecimientos de comida halal, rodeados por un ejército de mujeres veladas con hiyab, abaya, chador, con amira o niqab, y en último caso, con el burka, la más decente de todas las vestimentas diseñadas y concebidas para destacar la dignidad de una mujer decente. Benditas sean por siempre las mujeres pastunes que exportaron desde la lejana tierra de Afganistán el traje que las protege desde la cabeza hasta los pies de ojos libidinosos, una vestimenta que ellas llamaban burqa, escrito con q, y que debería ser obligatorio para todas las buenas hijas de Alá, alabado sea su nombre.

Pero ahora no. Todo estaba cambiando en Bélgica de manera alarmante. Incluso las autoridades locales querían prohibir a las mujeres decentes sus vestidos, sus formas de vivir, robando su dignidad.

Es cierto que nada de aquellas reminiscencias del pasado colonial aparecía en estos momentos —al menos en teoría— entre

la población joven de un país joven como la juvenil Bélgica, que marcaba tendencia entre los países europeos menos castigados por una Edad Media asilvestrada.

También se hacía evidente que ya no aparecían aquellos ignominiosos letreros donde se podía leer *ONLY BLACK-ONLY WHITE*, como se había visto durante tantísimos años en el *apartheid* sudafricano y, por supuesto, en el rhodesiano, en la nomenclatura *esclavista*, un país que se hacía llamar desde varias décadas el país de la tribu de los Zimbabue, una de las poblaciones más antiguas de toda África, que es lo mismo que decir de toda la Tierra, y que obviamente se habían erigido en los nuevos amos del territorio, con Robert Mugabe como primer presidente y eterno dictador del nuevo estado.

La historia se repite, por supuesto, solo que, en este caso, dibujaba matices sobre el mismo tema. Otra posibilidad es que simplemente se hubiera alterado la grafía en unos pocos años.

Ahora, en los tiempos modernos que corrían como caballos desbocados por cualquier pradera del único planeta asfaltado que se conoce, se habían cambiado las letras por los números; con el neocolonialismo del siglo XXI, se segregaba con la fuerza de las cifras, con esos números transformados en euros antes que con los signos y los insultos directamente raciales de otras fechas.

En cualquier establecimiento de la Grand Place de Bruselas, en el mismísimo corazón del reino de los belgas, podían observarse anuncios como el que advertía a los menos pudientes que tuviesen cuidado con la clavada que podían sufrir en sus carteras si se atrevían a una consumición como esta:

*CAFÉ AU LAIT: 6 EUROS – GOFRES A ELEGIR: 7,50 EUROS/UNIDAD*

Así de simple, cuando a poco más de cien metros del famoso restaurante Le Roi d' Espagne, se podía cenar en el kebab de la esquina por 2,95 euros con postre incluido en el menú; es decir, un café y una galleta más o menos horneada en una simple parrilla se vendían a 13,50 euros, cuyos destinatarios finales eran obviamente unas genuinas clientelas belgo-belgas de primera división, quizá de

*Champions*, la mismísima copa de campeones, ese trofeo sin igual que ponía en el mapa de Europa a todos aquellos clubes, jugadores y estadios que pretendían ser algo en el mundo del balón.

En cambio, una comida completa, un verdadero menú (para pobres, por supuesto) compuesto de dos platos, un primero, un segundo, pan y el postre más la bebida, todo ello por menos de cinco eurillos, se reservaba a los auténticos belga-adoptados, ese grupo que, como Ibrahim, agradecía a Alá, alabado sea su nombre, la posibilidad de tomar un plato caliente en una tierra tan fría y húmeda como la de Bélgica.

¿La calidad del almuerzo? La justa y necesaria para la categoría formada por los supervivientes. Sin más.

Para Ibrahim, lo único bueno de esta historia residía en que la época del tristemente célebre rey de Bélgica Leopoldo II, ese mismo monarca que se había agenciado un jardín de más de dos millones de kilómetros cuadrados en el centro de África, era una etapa que ya había concluido, al menos de manera oficial.

Leopoldville ya no era la ciudad de Leopoldo; ahora se conocía como Kinshasha, la capital del Congo, el Congo que fue belga tanto para flamencos como para valones, dos comunidades que extrañamente se podían de acuerdo tan solo en un detalle: diferenciar a los blancos y a los negros. Los nombres de los países podían mutar como por arte de magia; en cambio, el color de la piel, la superioridad moral del hombre blanco, la prepotencia de los belgo-belgas criados entre Francia y Holanda, eso, había cambiado poco. De manera que, en adelante, no habría más zoológicos humanos ni hombres y mujeres encadenados en ristra como animales. ¡Qué éxito!

Su padre había contado a Ibrahim que el mismo día de la inauguración de la Exposición Universal de 1958, el mismo día en que todo el mundo asistía con emoción a la presentación en sociedad del Atomium de Bruselas como el gran monumento que simbolizaba modernidad y progreso en una misma torre, ese mismo día, la capital de los belgas se recreaba con uno de los zoológicos huma-

nos más repulsivos para la especie humana: la foto de la niña negra enjaulada en una cerca de cañas de bambú recibiendo cacahuets, chocolate y otras delicadesen por parte de refinadas señoras (belgo-belgas, por supuesto); esa instantánea había impactado en la memoria fotográfica de Ibrahim. *Munafiqeen*. Hipócritas, esta era la palabra árabe más adecuada.

Habían pasado trece años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, pero el género humano se superaba a sí mismo, como en el circo, y ahora, alojados en un espacio temporal que llamábamos siglo XXI, los hijos de esas dignísimas damas se permitían ofrecer lecciones de ética con palabras tan altisonantes que dañaban los oídos de personas como él mismo; Ibrahim escuchaba a diario cómo la democracia, la libertad, los derechos humanos y el estado de bienestar se hacían un hueco en el delicado orden que el Reino de Bélgica había construido a base de sangre y de fuego. El cacao del Congo seguía haciendo las delicias de los belgas, y el hecho de vivir junto al barrio del chocolate no ayudaba a la población de Molenbeek a reprimir unos gustos tan exquisitos como defendían a base de euros los defensores de una alineación a base de Godiva, Leonidas, Corné o un poco de todos ellos.

En la época en que le había tocado vivir, el nuevo circo para Ibrahim no disponía de tigres ni de lanzadores de cuchillos; el gran espectáculo tenía un nombre compuesto, muy inglés, internacionalmente globalizado: por un lado, *foot*, y por otro, el archiconocido término en cualquier idioma, *ball*, todo junto, *football*, el sagrado fútbol, un binomio semántico formado por dos palabras mágicas: balón y pie, el rey de los deportes, un espectáculo lúdico-callejero la mayoría de las veces, en ocasiones —las menos— hasta deportivo, que llegaba al más recóndito rincón del mundo a la velocidad de la luz, en plena calle, en la favela, en mitad de la sabana, en el campillo de tierra arrebatado a la especulación por una chavalería que buscaba los solares para la pelota, no siempre de trapo.

La pasión por ver rodar un balón llegaba en ocasiones contadas al «no va más», esto es, al mismísimo estadio de Wembley, un

lugar que el futbolista brasileño Pelé, *O Rei Pelé*, bautizara, de manera magistral, como «la catedral del fútbol» a nivel mundial, por supuesto; para la mejor liga del mundo, la española, San Mamés, antes y después de su remodelación, siempre será el templo catedralicio donde desde épocas *prehistóricas* se podía aplaudir al rival casi como al contrario. Tan solo el foráneo tenía que jugar al fútbol como los ángeles, y ya está.

El público más entendido, el vizcaíno, es raro que no agradezca el espectáculo; para eso paga una entrada no siempre asequible para todos los bolsillos.

Ah, y si ustedes acuden a la catedral del fútbol por primera vez como equipo, no olviden el ramo de flores que desde el año 1927, los futbolistas húngaros del MTK Budapest instituyeron y dieron forma de tradición ante la estatua de Rafael Moreno, *Pichichi*, aquel sobrino del ilustre escritor don Miguel de Unamuno, un *Pichichi* al que, con 29 años, se llevó la enfermedad en plenitud de su carrera: 83 goles en 89 partidos con un promedio de 0,93 tantos en la máxima categoría del fútbol español dan fe de su proeza.

Maldito sea el tífus, la peste de los barcos, como se conocía entonces, que se llevó por delante a Pichichi en la flor de la vida. Al menos queda en el recuerdo del máximo goleador español de Primera División un trofeo anual que añora cualquier delantero y hasta algún centrocampista que otro con carácter ofensivo o lanza-penaltys.

Por otro lado, con ¡diecisiete años!, han leído bien, solo diecisiete, Edson Arantes do Nascimento, Pelé para los amigos del deporte rey, entró en los anales del deporte como los toreros, por la puerta grande. Para los hawaianos, Pelé es el dios del fuego, de la danza y la violencia volcánica; para los aficionados al balompié, Pelé fue un niño que se echó a todo un equipo, equipazo si se quiere, a su frágil espalda adolescente convirtiéndose en el rey del deporte conocido hasta la fecha; cuando abochornas al contrario que jugaba la final del torneo más importante del planeta en su propia casa; cuando marcas a los escandinavos de todas las formas

posibles, con algún escorzo inimaginable y ganas el Campeonato Mundial de Fútbol en la exquisita Suecia, es entonces cuando los aficionados al deporte del balón esférico ensalzan tu juego, envidian tu saber hacer sobre el verde tapete y valoran tu opinión, siempre acertada, a la hora de asistir al compañero mejor situado.

Casi lo de menos sería su enorme olfato de gol. Cualquier periodista deportivo, todos los aficionados, estaban de acuerdo. Aquel muchacho flacucho con un cuerpecillo tan poquita cosa era capaz de oler el gol mucho antes de que el pase, asistencia lo llaman ahora, saliera de la pierna del compañero.

Tres campeonatos mundiales en una carrera futbolística que no suele durar en la élite más de doce o trece años, con suerte, siempre que respeten las lesiones, es una cifra que no admite réplica alguna para los detractores de Pelé, que son bien pocos, o para los defensores a ultranza de cualquier otro *crack*, que son muchos. ¿O sí?

Hoy parece un reto de otra galaxia para cualquiera que se vista de corto; es necesaria la insistencia de la frase: «Me echo a la espalda a toda la selección *canarinha* y gano tres mundiales». Ahí es nada.

Se admiten candidatos, pero el tema está complicado no ya para superar a Pelé, sino incluso para igualarlo. A día de hoy, solo Kylian Mbappé parece, a sus diecinueve añitos y una Copa del Mundo en sus botas (con gol incluido en la Final de Moscú), la única persona que pueda hacer sombra al Rey Pelé. Tiempo y condiciones tiene el chaval parisino de origen argelino-senegalés, el nuevo *Donatello* del balón, que eclosionó en el Mónaco con diecisiete años. Solo el tiempo, ese juez insobornable, dará o quitará razones para quien quiera (o pueda) penetrar, en el Olimpo de los dioses.

En el mundillo del fútbol, nadie quería ser el último en celebrar, o por lo menos, en comentar, las últimas chilenas de nivel *champions*, tanto la de Cristiano Ronaldo como la de Gareth Bale —que se lo pregunten a Gigi Buffon y a Loris Karius, por poner solamente dos ejemplos de primer nivel, aunque en el caso del portero alemán que militaba en el Liverpool la noche de autos, la soledad del portero se había convertido en su propia tragedia personal y

colectiva tras su desastre en el Estadio Olímpico de Kiev ante más de setenta mil personas que veían en directo la actuación tan desafortunada de Karius—.

De hecho, los chavales que se declaran a sí mismos como futboleros desde las categorías infantiles o benjamines habían aprendido con el desastre de Kiev una lección para siempre:

—¿Sabes que Fulanico ha hecho un «Karius» en el derbi turco Galatasaray-versus-Besitkas?

Es lo que tienen los chavales: inocencia racional, de manera que la respuesta no se hace esperar:

—Sí. Claro que lo he visto. Pobre hombre; me parece que ha hecho escuela, de canto jondo, pero que muy hondo se veía el agujero a través del fondo de la portería, ese arco que defendía el alemán con más pena que gloria.

Por si no se han dado cuenta, de nuevo la cultura y el fútbol se cogen de la mano, aunque existan muchos detractores del balón redondo cuando aseguran que «el fútbol es un deporte de albañiles», nada parecido al *rugby*, el deporte universitario por excelencia.

Si así fuera, habría que añadir: «Y a mucha honra; pero no; el fútbol es mucho más que eso», de la misma manera que el *rugby* ya no es el deporte exclusivo, minoritario y elitista de los universitarios pijos de los *colleges* ingleses. Los ejemplos que demuestran la completa universalidad del fútbol serían algo así como la historia interminable en versión once contra once. Para explicar el enfrentamiento entre dos equipos, hasta los niños que no entienden de declinaciones recurren sin rubor alguno al latín, *versus*, traducido por «contra» o «frente a», en un idioma que algunos ilustres ignorantes creían muerto, y ya lo ven, sigue a día de hoy vivo y *goleando*, de nuevo y en este caso, gracias al fútbol.

Sin embargo, la crueldad de nuestro deporte-rey no tiene límites. Por ello, resultaba mucho más apropiado no perderse la penúltima genialidad de *la Pulga* Messi, quien a lo largo de su carrera había destrozado tantas cinturas como imprudentes defensores le habían salido al paso, convertidos a menudo en auténticos tuerce-

botas, por obra y gracia de la cintura de goma del heredero universal del primer argentino que comparte su mano con Dios, y no solo en sus enfrentamientos contra Inglaterra: *el Pelusa*, Diego Armando Maradona (el segundo de dichos sudamericanos reside en la actualidad por un acuerdo votado entre pastores del mundo entero en la plazoleta romana dedicada a san Pedro, más conocida como Ciudad del Vaticano).

Con paisanos así, no hace falta buscar otras piernas fuera de tus fronteras, aunque cuando Messi cae al césped, la respiración de ochenta o noventa mil gargantas queda entrecortada en el Camp Nou en espera de que Lionel se reincorpore al verde sin ninguna contingencia.

Para muchos seguidores del Barça, tres semanas de baja por la lesión en un codo *messiánico* puede ser como tres meses para cualquier *crack* de otra escuadra que se precie. Puede que más.

Todos esos pensamientos, y algunos más, bullían en la cabeza de Ibrahim una y otra vez, ayer, hoy y posiblemente, mañana. Es lo que tiene disponer de mucho tiempo libre: la cabeza vuela sin rumbo fijo. Aun así, y por el mismo motivo, todos los niños de Molenbeek (como el propio Ibrahim hasta hace pocos años) o en el vecino barrio de Anderlecht, o en cualquier ciudad de Bélgica, querían ser el nuevo Romelu Lukaku, un belga-congoleño nacido en Amberes que, a los quince años de edad, antes de que le permitieran salir de la escuela, contaba su sueldo en varios millones de euros, y a los dieciséis era internacional absoluto con la Bélgica que lo vio nacer y crecer (vaya si creció) para poco tiempo después dar el salto a la Premier League de Inglaterra, el campeonato que se promocionaba como «la mejor liga del mundo».

El *affaire* Lukaku se trataba de un caso entre un millón, una gota de agua en la inmensidad de un mar lleno de tiburones, zancadillas, lesiones variadas que los aficionados describen al detalle como si de expertos traumatólogos se tratase, temas de isquiotibiales, ligamentos cruzados, pubalgias atléticas, tendinitis —siempre aparecen las inoportunas lesiones cuando menos se esperan—, en

resumen, toda una serie de sueños frustrados por falsos nuevos y dobles pivotes que quitan la titularidad a la figura en ciernes en el momento en que creía estar en mejor forma; en definitiva, todo un cúmulo de ocasiones perdidas en un mundo donde es muy difícil la segunda oportunidad y prácticamente imposible la tercera.

Lukaku se diría que había nacido a partir de alguna especie híbrida entre el gigantón defensa central del Leicester inglés Harry Maguire y el todoterreno del Athletic Club, no menos mocetón y chicarrón del norte, Mikel San José, pero Lukaku tenía, y tiene todavía por muchos años si las lesiones lo respetan, una enorme ventaja entre ambos «armarios empotrados» citados antes de su propia competencia corporal: Lukaku era delantero centro, uno de los denominados en las ligas europeas como un *killer* del área, una pesadilla para las defensas rivales con ciento noventa y dos centímetros de fuerza bruta.

Se trataba, de hecho se trata aún hoy y le quedan varios años en la élite, de un hombre que marcaba y sigue marcando goles, el abrelatas que ayudaba a los interiores a penetrar el área rival, a perforar las redes enemigas, el chico cuyo destino era destrozarse las redes contrarias, por lo que todo aquel prodigio de la naturaleza se reflejaba en el escaparate perfecto de todas las televisiones del mundo.

Lo que para nuestros abuelos el fútbol se definía de manera simplona como un ejercicio físico con una serie de tíos en calzones corriendo alrededor de una pelota con el único objetivo de hacer gol, ahora, desde hace unos años que coinciden aproximadamente con el comienzo del siglo XXI, ha convencido a un número importante de espectadoras y practicantes femeninas que se han subido afortunadamente al carro de la posmodernidad; cuidado con el entrenador que se atreva a decir que en el partido ha habido leña porque el *fútbol es un deporte de hombres*; o rectifica rápidamente sus palabras o tiene los días contados ante la opinión pública.

De manera que el mexicano Osorio, los argentinos Antonio Mohamed o el mismísimo Diego *el Cholo* Simeone, tienen que em-

pezar a variar los argumentos: damas y caballeros, las chicas han llegado a la práctica del fútbol infantil y juvenil, aficionado y profesional, para quedarse de manera definitiva, y ojo al dato, no vienen solas.

Como una especie de valor añadido, se incorporan al fútbol algunos complementos imposibles de aceptar hace tan solo cuatro o cinco años. Por ejemplo: ¿alguien ha visto a Gerard Piqué en sujetador?

Yo sí. Y a Iniesta. Y a Ibra, el sueco, también. Y a muchos más que se han subido al carro que popularizó la empresa española Real Track Systems a través del famoso Wimú, ese aparato de seguimiento compuesto de un chip prodigioso confundido en muchas ocasiones con un cruzado casi mágico, por supuesto femenino, de otras épocas no tan lejanas como a veces imaginamos.

La lista de nombres y hombres adictos a la nueva moda es tan extensa que, a lo mejor, sería más difícil encontrar a un futbolista de primer nivel sin el sostén correspondiente mucho antes que lo contrario.

También existen los detractores de la prenda, no vayan a imaginar que todo el monte es orégano, como Riquelme, a quien hay que explicarle que el brasier, o chaleco-GPS medidor de constantes vitales, resulta hoy en día fundamental para diferentes cálculos en pro del rendimiento de un futbolista y, lo más importante, para la prevención de alteraciones en sus ritmos cardíacos, entre otros parámetros, lo que supone un gran avance tecnológico tanto para su rentabilidad en el terreno de juego como, sobre todo, para la salud del propio deportista.

«Ya —insiste Juan Román—, todo eso está muy bien, pero Messi arranca tres veces en un partido y mete cuatro goles»; a ver quién es el guapo que lo para sin levantarlo un metro de la hierba con o sin sujetador o lo que sea ese chisme, la Pulga es el mejor.

Ante este tipo de afirmaciones habría que recordar (a Riquelme) que Lionel también se ha apuntado ¿a la moda?, ¿a la necesidad?, ¿a los avances tecnológicos?, del brasier, del chaleco-GPS o del sostén para hombres, si ustedes quieren, sin más aditamentos,

sin ningún tipo de complejos de género.

La pregunta resulta evidente: ¿por qué?

¿Qué hemos estado haciendo mal hasta ayer mismo, cuando el sistema informático del brasier puede registrar hasta 20.000 datos diferentes de cada deportista?

Si existiera una mínima duda razonable sobre, por pequeña que fuese, su viabilidad en situaciones extremas de crueldad deportiva; si los «casos» de Antonio Puerta (Sevilla F.C., 22 años) o Dani Jarque (Español de Barcelona, 26 años), en España; o Davide Astori (Fiorentina, 31 años), y Piermario Morosini (Livorno, 25 años) en Italia, sin olvidar al camerunés Vivien-Foé (Manchester City, 28 años) fallecido en Lyon o al húngaro Miklos Feher (Benfica, 24 años) —y tantos y tantos jóvenes más olvidados por el más cruel de los anonimatos— no hubieran existido gracias a este tipo de dispositivos, ¿alguien en un su sano juicio dudaría de su utilidad?

Solo ante la duda, su uso se dispararía como un reguero de pólvora. Pues eso<sup>1</sup>. De manera que muchas gracias, chicas. Habéis abierto los ojos al mundo de un problema gigantesco, casi sin querer y, además, traéis la posible solución, o al menos prevención, en forma de un cruzado mágico para ambos sexos, que ya está revolucionando el mundo del fútbol, del deporte en general, en especial, del masculino, tan reacio a ser domesticado por un puñado de mujeres calificadas por muchos hombres y por más de una señora, en el mejor de los casos, como deportistas poco femeninas. Otro tipo de epítetos menos cariñosos que están en la mente de todos aquí no los vamos a reproducir.

En adelante, veremos correr a un hombre en pleno entrenamiento con un sujetador en el pecho y una braga, no se asusten, en torno al cuello. Y no pasa nada: futbolistas (con perdón: *futbolistas*, los más listos del balón) competirán y entrenarán con mayor tranquilidad y seguridad.

1. El 12 de junio de 2021 el futbolista danés Christian Eriksen (29 años) cayó fulminado en el Parken Stadion de Copenhague víctima de un paro cardíaco. Los médicos pudieron «traerlo de regreso» tras varios minutos en donde se mascó de nuevo la tragedia televisada en un terreno de juego.

A día de hoy, los nuevos gladiadores eran..., son, tan escasos; formaban, forman, un número tan reducido que lo tenían todo, en realidad disfrutaban de todos los bienes y posesiones de la tierra, acumulando en pocas manos los frutos de lo que millones de piernas hollaban por todos sitios, patean las callejas en cualquiera de las esquinas del mundo.

Se diría que unos pocos comentaristas avisados se habían repartido el pastel y, entre todos ellos, unos cuantos muy bien avenidos habían convertido el imperio de los representantes en una oligarquía financiera; los nombres de Jorge Mendes, Pinhas Zahavi o Mino Raiola no solían aparecer en las portadas de los diarios deportivos, muchos menos de los de índole general, pero hasta el más incauto de los adolescentes del barrio más deprimido, en cualquier remoto paraje de esta tierra, se identificaba al intermediario portugués con Cristiano Ronaldo; y con James Rodríguez y *el Fideo* Di María, o con Diego Costa, Radamel Falcao, Thiago Silva..., y así hasta llegar a una lista con noventa y tantos jugadores de primer nivel mundial que sumaban un valor de mercado de más de seiscientos treinta millones de euros a comienzos de la temporada 2017-2018; pero no se quedan con estos números, pues los montantes de dichas nóminas no paran de subir y subir, casi por minutos.

Ibrahim ya sabía lo que quería ser de mayor: o agente FIFA, trabajo que, por lo visto y escuchado, no estaba mal pagado, o soldado de la Yihad, con mayúscula, donde los conceptos de gloria, mártir y paraíso sustituían a una buena defensa, controlaban un gran trabajo de campo, en concreto el de centrocampista, o protagonizaban una delantera que asestara los golpes no con el pie o mediante remates de cabeza, sino a base de *kalashnikov*, con disparos a puerta de los más timoratos, que eran la mayoría de los aficionados en el continente europeo; *tifosi*, *booligans*, ultras, forofos, radicales todos, nunca tienen problemas en realizar una quedada a martillazo limpio ayudados por alguna que otra navaja o por los puños de acero (americanos o europeos, esos son detalles sin mucha importancia).

En cambio, cuando aparecen las palabras atentado, terrorismo, soldados islámicos, incluso un simple lobo solitario, recuperan los miedos ancestrales todos esos valientes de pacotilla: los aficionados a las peleas callejeras ni llegan ni se les espera cuando un soldado de Alá, alabado sea su nombre, entra en escena, levantando un telón que se encontraba medio bajado (o medio subido, vaya usted a saber cuál sería la expresión correcta).

De nuevo, se sitúa en escena la hipocresía occidental, el escudo que protege a todas las masas incontroladas por definición, en especial cuando realizan cinco o seis comidas al día de las que tiran a la basura lo suficiente para que se alimentaran de manera holgada dos o tres familias.

De manera afortunada, la cultura del miedo en el llamado mundo civilizado es una de las mejores armas de que disponen los desheredados del euro, del dólar, del franco suizo o de cualquier divisa.

En honor a la verdad, Ibrahim nunca había simpatizado con el trabajo del portero, el defensor de un arco, el denominado arquero en Sudamérica, una persona cuyo oficio era evitar que perforaran los rivales un rectángulo de más de siete metros de ancho, por 2,44 metros de alto; treinta y dos filas de balones a lo largo de los dos postes, y once balones situados hipotéticamente desde el suelo hasta el larguero, suman la friolera de 352 esféricos que podrían entrar a la vez en una portería de fútbol; una auténtica locura, un hito digno de ser probado en alguna ocasión. Seguro que no faltaría un *sponsor*; o dos, o puede que hasta tres.

Ibrahim pensaba que cada vez que llega a puerta un balón los atacantes tienen 352 posibilidades de que la bola entre sin estorbarse, incluso siendo ayudados en ocasiones por los propios defensores, que desarrollan un fuego amigo y disparan en demasiadas ocasiones con pata de palo hacia su propia portería, siendo el guardameta el gran responsable de la debacle que siempre supone recibir un gol: culpable o no, esa labor era tan ingrata que no estaba pagada; si falla el portero, es que «ha cantado», o bien «ha salido

a por uvas»; en cambio, si hace el partido de su vida y salva a su equipo de la hecatombe, »para eso le pagan».

Si algún jugador marca tres goles en el mismo partido en el colmo del placer anotador, le regalan el balón, el árbitro le da una cariñosa colleja y el multigoleador se va a casa engordando tres kilos, por lo menos, uno por cada diana realizada al grito universal de ¡goll!, «Gol», «GOOOOL» (quizás la excepción sea el *Tor!* de los alemanes, aunque sigue siendo «Gol») cuando debería haber perdido al menos dos kilos y pico por los diez kilómetros recorridos si es que ha sudado la camiseta como es debido. Gajes del oficio del trianotador.

\*

La última vez que recitó el Corán de memoria, Ibrahim era apenas un niño de la escuela primaria.

De las cinco oraciones diarias que debía efectuar, el joven no realizaba ni una de ellas; últimamente pasaba envidia viendo las imágenes de los hermanos barbudos y memoriones, jóvenes como él mismo en la mayoría de las ocasiones, que entonaban los suras en honor del Profeta, alabado sea su nombre, en un árabe perfecto sin ningún papel por delante de sus ojos. Aquellos hermanos sí que trabajaban con devoción. No como él, se regañaba Ibrahim a sí mismo.

¿Cuántas horas debían dedicar al rezo, al aprendizaje, a la concentración extrema que rayaba en el éxtasis, aquellos esforzados hombres representantes de la cultura islámica? Ibrahim no era quién para responder.

Ibrahim ni siquiera disponía de una esterilla de plástico *made in China* para tumbarse en la ceremonia del *salat* con la cabeza inclinada hacia levante para cumplir con sus obligaciones religiosas. Por alguna razón, el joven había escapado a sus deberes, como si su compromiso con el islam estuviera de sus cometidos que a diario debe realizar todo buen musulmán. ¿Se sentía culpable por ello?

En honor a la verdad, resultaba claro que la Meca podía esperar; a los veinte años todavía era un hombre joven para cumplir sus obligaciones religiosas; en cambio él, como soldado de Alá, bendito sea por siempre su nombre, tenía prisa, mucha prisa; no paraba de comprobar, estupefacto, cómo una gran cantidad de hermanos musulmanes se adelantaban a sus propios ideales, a unas ideas que le habían rondado por la cabeza desde hacía algún tiempo, el momento que consiste en adelantarse en el tiempo a sus actuaciones.

Se diría que algunos de esos anónimos desconocidos eran capaces de leer su mente. Por lo tanto, él, un simple Ibrahim, un cero a la izquierda en el inmenso lodazal que suponía el mundo que le había tocado vivir, debía actuar, hacer cosas, cosas grandes más allá de los reportajes que aparecían en la televisión local, de los articulillos de opinión que recogía el diario parroquial que los cristianos presentaban con pavor a sus comunidades, unos panfletos no mucho más extensos que un par de octavillas donde los auténticos belgo-belgas, los altos y rubios de ojos azulados, se escandalizaban cada domingo tras su celebración religiosa ante el avance del mundo anticristiano; solo que Ibrahim no sabía qué hacer, ni cómo ni dónde para que el asunto, su asunto, traspasara las fronteras de su distrito.

La barriada de Molenbeek era todo lo que Ibrahim había conocido en su vida; siempre lo había sido desde los últimos veinte años, pero Ibrahim era hijo del presente, hermano de internet y primo de YouTube, el brazo ejecutor de las guerras de religión del presente siglo, el XXI, como lo llamaban los cristianos más ilusos, los mismos que contaban el devenir del mundo desde el nacimiento de Jesús, *el Mensajero*, y no desde la Hégira del Profeta, conocida como la *Huida*, como si Mahoma, Alá lo acoja por siempre un su seno, necesitara escapar de algún mal terrenal.

En efecto, el día que Ibrahim descubrió que había vida más allá de los muros del barrio..., en ese mismo instante, Ibrahim quiso estar... en Londres, una ciudad tan auténticamente desconocida para él como si le hablaran de Roma, París o si despertara de sus sueños rodeado por los rascacielos de Nueva York o Chicago.

El joven jamás había salido de Bélgica en ninguna ocasión: ni siquiera en vacaciones viajó jamás a Marruecos, como hacía toda su familia. Pensaba que no lo necesitaba. En ese contexto, las diferentes cadenas de televisión, extrañamente y por una vez, coincidieron todas a una: las actuaciones de aquellos hermanos eran definidas por los canales de los infieles como brutales atentados terroristas, sin ningún tipo de matiz ni aclaraciones.

Con ocho años recién cumplidos, Ibrahim no tenía conciencia del significado de aquellas palabrejas que formaban la única expresión capaz de detener el tiempo en cualquier país de Occidente. Pero lo que vio a través de la pequeña pantalla aquel día..., lo que vieron sus ojos, no desagradó al entendimiento de unos ojos infantiles demasiado adelantados para su edad. Pese a ser muy de mañana, el verano londinense había hecho su aparición de manera clara y, sobre todo, muy calurosa para aquellas latitudes. Ese día quedó clavado en la memoria de Ibrahim como el cuchillo en la mantequilla. Si es cierto aquel dicho que defiende que existe un antes y un después en la vida de una persona tras un hecho importante, ese momento había llegado en la corta existencia de Ibrahim.

Cuatro explosiones bien calculadas, mejor ejecutadas, con una exactitud que dejaba a Ibrahim sorprendido por su eficacia, habían destrozado el corazón del sistema de transporte público en la capital del imperialismo europeo; el estampido que se pudo escuchar en la capital del Reino Unido provocó en la ciudad de Londres un colapso físico y mental solo comparable a los de Nueva York y Madrid pocos años antes.

Se trataba de unas imágenes que no tenían demasiado sentido ante unos ojos infantiles como los de Ibrahim, una visión dantesca de esas figuras que hieren la sensibilidad del espectador incluso si se trata de un adulto, cuanto más si se habla de un niño; se trataba de unas estampas, que solo son perceptibles para el entendimiento humano mediante un análisis efectuado desde la distancia, desde la ceguera que otorga a los ilusos la más pura de las inocencias.

Unos años después, los hermanos de la mezquita belga, unos imanes de los más preparados y estudiosos de toda Europa, explicaron a sus fieles el proceso de aquel verano de 2005: «Cuando golpeéis no os sintáis pesarosos, no digáis que Dios está presente en vuestro corazón, sino que os encontráis en el corazón del mismo Dios».

Entonces, solo entonces, Ibrahim comprendió la estrategia seguida, aún con las retinas propias de un simple adolescente. El objetivo se había cumplido con creces; la misión fue un éxito. La alegría de todos los buenos musulmanes, casi total.

En cualquier caso, todo es mejorable, cualquier actuación tanto de corrección como de premio se puede efectuar con mayor eficacia, pues la propia sociedad siempre puede perfeccionarse, pero, en conjunto, la operación de castigo no resultaba nada mal.

Las tres primeras bombas explotaron con un intervalo de cincuenta segundos en tres vagones del metro de Londres escrupulosamente elegidos, centrados en la Circle Line y en la Paddington Line. La cuarta explosión cumplió todas las expectativas de los soldados de Al Qaeda cuando los hermanos detonaron el mecanismo en una línea de autobús; conclusión: cincuenta y dos personas perdieron la vida; los cuatro mártires de Alá, alabado sea su nombre, ganaron el paraíso.

Otras veintidós criaturas, en estado crítico, preferirían a buen seguro, si les dieran a elegir, formar parte de la estadística anterior, y más de setecientos heridos de diversa consideración no olvidarían ese día; en adelante lo definirían como el de su segundo cumpleaños, aunque no lo celebrarían con tarta, velas ni confetis.

Y por supuesto, fue en esos precisos momentos cuando Ibrahim comprendió en toda su expresión el significado de la palabra «atentado». En realidad, no era otra cosa que un acto de guerra, como tantas otras situaciones desagradables que ocurren en la vida, solo que en la pacífica región mal llamada Occidente la sangre debería ser de otro color diferente al rojo. Nadie desea que haya muertos por muy duro que sea un conflicto; de hecho, los primeros que

saben que van a morir son los propios soldados del ejército de Alá, bendito sea su nombre por siempre. Y sin embargo...

La única diferencia es que cuando los drones de Occidente matan a mujeres y niños indefensos; cuando los helicópteros Apaches de los americanos arrasan hospitales con la Media Luna Roja estampada en sus lonas, en esos momentos de zozobra los infieles definen la agresión comandada por todo un Premio Nobel de la Paz como daños colaterales; lo mismo que cuando sus aviones de combate lanzan la muerte a discreción con sus bombas de racimo, es decir, con un racimo de bombas inteligentes que, por muy listas que sean, sin embargo, no distinguen entre edad, sexo o condición.

Por eso, y por muchos más detalles parecidos, pensaba Ibrahim, en otros lares menos glamurosos que Washington DF, el presidente medio blanco o medio negro, ese mismo que renegaba de la mitad de sus cromosomas maternos, blancos como la leche de Kansas, como si solo tuviera padre, era conocido en muchos ambientes y cancillerías de medio mundo como *el Perro de Roma*, pese a sus costosas operaciones de *marketing*.

Quizás llevasen razón el *Flaco* Menotti y el *Narigón* Bilardo, por una vez en sus vidas puestos de acuerdo en algo que no sea el fútbol: «Al enemigo, ni agua..., ni medicinas». Tan solo, como mínimo, se le sanciona con el látigo de la indiferencia. Y eso, con suerte, uno de esos factores que hasta ahora había dado la espalda a Ibrahim.

Si ese día del verano inglés se celebraba la Cumbre del G8 en Londres, en realidad, solo los ocho países más ricos del mundo tenían algo que celebrar y muy poco que discutir. Fuera de ese oligopolio del poder, nadie, ningún país del mundo fuera de los ocho privilegiados, podía cortar el bacalao porque no disponían de ningún pez ni tenían a mano un cuchillo. En cambio, Ibrahim, sí.

Todos los observadores conocían los acuerdos de la reunión mucho antes de que los delegados empezaran a debatir y de que los politicones firmaran la declaración conjunta que no serviría para

nada, excepto para que se llenaran sus barrigas a costa del sufrido contribuyente, si es que dicho prodigio aún era posible.

Los otros doscientos estados que componían el mapamundi de nuestro planeta asistirían a través de la televisión y de los tuits correspondientes como convidados de piedra al fatal desenlace. Hipocresía pura y dura, insistía en su análisis la mente de Ibrahim.

Si el día anterior, Londres había sido elegida como sede de los Juegos Olímpicos para el año 2012, pues ¡enhorabuena!

Mucho peor para los ingleses. Advertidos estaban todos los occidentales en general y los británicos imperialistas en particular.

Dos días antes de estas movidas, había comenzado el macrojuicio contra el imán Abu Hamza, de manera que habría que recordar a la opinión pública mundial que los musulmanes no padecían amnesia colectiva, como ocurría con los cristianos.

Los buenos musulmanes, claro está; esos mismos que aparecían en toda la prensa como renegados del islam, repudiados ante las cámaras de televisión por algunos hermanos de fe, definidos por varios imanes «adaptados» a Occidente simplemente como hombres inadaptados, malos seguidores del Profeta, alabado sea su nombre, unos salvajes que no saben interpretar el Corán, decían agachando la cabeza ante las cámaras, pues El Libro Sagrado defiende solamente una religión de paz.

De las pocas asignaturas que Ibrahim aprobó con nota a lo largo de sus estudios, la resignación había sido una de ellas: en la panadería, en la cola del recreo, en los vestuarios, siempre algún listillo se le adelantaba. Le habían enseñado a ser el último de la fila.

Con el transcurso de los años, Ibrahim vio cómo pasaba todo un ritual de técnicas y métodos más o menos cualificados que castigarán la prepotencia de los blancos, de los cristianos, muchos de los cuales renegaban de sus propios principios definiéndose como ateos, agnósticos o, en el mejor de los casos, como no practicantes.

Ahora muchos hermanos habían puesto de moda el camión o la furgoneta que algunos valientes introducían en una calle peatonal

con el resultado que habíamos visto en Niza o en Barcelona, pese a los esfuerzos de las policías respectivas por evitarlos.

¡Pobres policías! Se les exigían unos resultados inhumanos, pero no paraban de ponerles trabas sus propios gobiernos en el desempeño de sus labores. Mientras siguieran así los gobiernos europeos, el camino de la yihad estaría abierto hasta las mismísimas puertas de los santuarios cristianos más llamativos: Roma, Santiago de Compostela, Lourdes, Barcelona..., y cualquier catedral gótica o románica diseminada a lo largo de Europa, cuanto más emblemática, mejor. ¡No será por falta de templos donde perpetrar una acción que sea titular de los medios de comunicación!

Esos santuarios venerados en tan baja estima por sus propios infieles estaban esperando después de mil años a los soldados de la yihad.

El joven belga pensaba que la opinión pública olvidaba demasiado pronto ese tipo de batallitas y otros enfrentamientos parecidos; un par de vigiliás con caras que recordaban a un cordero degollado, unas cuantas velas multicolores, algún que otro cántico acompañado de un rosario de lágrimas y al día siguiente todo seguía su curso preestablecido por una sociedad hipócritamente acomodada, «cobarde» hasta unos límites insospechados; ese sería el término más adecuado: el Levante era una tierra de valientes, y Occidente un refugio de cobardes.

El mundo de hoy necesitaba algo más fuerte, emociones de otra magnitud, como el renombrado una y mil veces 11-S en Estados Unidos, que Ibrahim no vio más que en imágenes repetidas una y otra vez, almacenadas en su retina infantil; incluso los acontecimientos del 11-M de Madrid no llegaba a recordarlos en primera persona más allá de rancios recuerdos que intentaba recuperar sin demasiado éxito, tan escondidos se hallaban en algún lugar de su memorieta.

El chico no pudo adquirir en su cerebro el peso que implican las escenas en directo por culpa de sus seis años escasos, pero en algún lugar de su memoria gráfica, un hilo conductor recordaba de

vez en cuando aquellos hechos donde la sangre y el dolor de las víctimas contrastaba con el sentimiento de justicia que albergaban los soldados de Alá, alabado sea su nombre, cuando comprobaron el éxito de su sagrada misión, con el reparador daño ocasionado a las huestes cristianas.

Ahora, con dos decenas de años adosados a sus espaldas, Ibrahim quería la realización de algo realmente grande; el joven añoraba episodios pasados donde no había sido protagonista nada más que en sueños; ni siquiera fueron acontecimientos que hubieran intentado un cambio de algún tipo en el injusto mundo que padecía en silencio la mayoría desheredada de la población del planeta.

Ibrahim solamente añoraba su entrada en la historia de la humanidad por la puerta grande; deseaba ser recordado por todas las generaciones futuras como el salvador del islam. Eso era lo que necesitaban los infieles: una herida de muerte en lo más profundo del ser de sus demonios recubiertos de oros y oropeles bajo unas bóvedas tan frágiles como sus creencias, tan falsas como la más vil de las mentiras.

Ibrahim sabría encontrar su meta, estaba convencido de ello, de la misma manera que se encontraba preparado para su misión y, por supuesto, disponía de las habilidades suficientes para burlar a los servicios de seguridad de medio mundo.

Tendría que empezar por los propios agentes de seguridad, la policía belga, que empezaba a mostrar algunos signos de nerviosismo. En el fondo, no eran malas noticias para él y sus hermanos de fe. Cuando un policía no tiene muy claras sus atribuciones, la cosa no pinta muy bien para la ciudadanía, pero ¿acaso Ibrahim formaba parte de ese selecto grupo de privilegiados que paga los impuestos, reclama sus derechos y participa de la vida pública y civil?

En Bélgica era obligatorio participar en las elecciones generales para la elección de los ciento cincuenta miembros de la Cámara de Representantes. Pese al riesgo de las multas posibles, Ibrahim jamás se había acercado a un colegio electoral.

Y total, ¿para qué?

¿Qué censo iba a echar de menos a un tipo que se llamaba Ibrahim y cuyo apellido no eran capaces de pronunciar correctamente la mayor parte de los belguitas de piel lechosa?

El muchacho disponía de sus coordenadas geográficas, de su ubicación en el mapa, de sus fronteras de papel, tan frágiles como el otro papel, el de fumar, que él mismo utilizaba a diario con destreza para sus terapias reconstituyentes. No le temblaría la mano a la hora de su actuación estelar, llegado el caso.

Ibrahim no quería defraudar a Alá, al único Dios verdadero, al Omnipotente, alabado sea su nombre, de manera que se prepararía para la misión que le asignaran, fuera la que fuese.

Ibrahim sabía más que de sobra que no se había portado como un buen creyente en los primeros veinte años de su vida, pero el asunto tenía arreglo. Solamente debía trabajar en la solución adecuada, con los contactos adecuados y con la fe que había recuperado tras un lapsus de tiempo podría enmendar su error.

Tan solo debería encontrar los instrumentos y las herramientas que hicieran posible su llegada a buen puerto, como esos hermanos que se jugaban la vida a diario en el cementerio del mar Mediterráneo con la angustia adosada a sus rostros mientras que casi todo el mundo mira para otro lado, empezando por muchos gobiernos mal llamados musulmanes cuyos reyezuelos empotrados en unos tronos de petróleo no quieren saber nada de los mayores desheredados del planeta.

Por algo el muchacho había asistido a las clases de Informática y Nuevas Tecnologías sin saltarse ni una sola hora en el instituto. Fue la excepción en las muchas horas de ausencia a los centros de enseñanza, en teoría, obligatoria, pero el conocimiento de aquella materia compuesta por una pantalla y un teclado de ordenador Ibrahim estaba convencido de que valdría la pena en el momento oportuno.

Las demás asignaturas nunca le importaron nada en absoluto.

¿Para qué?